

Notas sobre la crítica en Latinoamérica

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

Se acepta normalmente en las historias literarias que con Rubén Darío se inicia una nueva época del mundo poético y literario hispanoamericano. Por cierto, esta aceptación proviene de informaciones más o menos eruditas, sobre hechos históricos que han fijado algunas fechas y, quizás también, ciertas influencias o determinadas circunstancias que están relacionadas con la vida o la obra del poeta, o con los acontecimientos subsiguientes a la aparición de su poesía. Quienes se preocupan por el desarrollo de nuestras letras, podrán sospechar que en alguna forma existen aún rastros de las libertades que Darío otorgó al idioma, y que al ejercerlas su influencia persiste y se puede apreciar de algún modo. No en vano altos poetas —Jiménez, Machado, Neruda— han reconocido esta situación, mas si nos preguntamos por qué se despertó esta conciencia en un especial momento, difícilmente podríamos hallar una exposición crítica que aclare el hecho. Con motivo de la celebración del centenario del nacimiento del poeta, aparecieron algunos ensayos que han intentado establecer una nueva óptica sobre su trabajo, y tal vez sobre sus proyecciones dentro de nuestro tiempo. Sin embargo, ellos no arrojan una luz suficientemente amplia para comprender el proceso de articulación. Esto se puede afirmar sobre un hecho literario más o menos fijado por la historia; un hecho que bajo muchos aspectos podemos considerar esencial. Me parece que esto significa que ni siquiera sobre los factores fundamentales de nuestra evolución literaria tenemos obras de estudio que ofrezcan cierta profundidad de juicio. Menos aún obras reveladoras que descubran sus corrientes ocultas, que indaguen las circunstancias de que resultaron, ni siquiera las razones humanas que fueron su resorte y

condición. Muy repetidamente se ha dicho que en Latinoamérica carecemos de crítica, que hacen falta críticos, que el presuntivo desarrollo de nuestras letras, está condicionado a la también presuntiva labor de la crítica, y hay que reiterar la afirmación.

Es incómodo reconocer que ni siquiera en el caso de Darío podemos consultar un ensayo que tenga suficiente amplitud. Al inquirir por lo que se ha hecho o se hace, parece que tuviéramos que llegar a la conclusión de que en la mayoría de las veces, quienes interrogan la poesía se contestan con las respuestas prefabricadas de los manuales. Sería interesante averiguar a qué se debe esta costumbre, que conduce al absurdo pensamiento de que nuestro idioma padece una especie de impotencia por el agotamiento de sus energías imaginativas.

Hay que señalar en primer lugar, aun cuando sea someramente, un problema esencial relacionado con la situación del escritor. Es un hecho que los estudios más amplios sobre literaturas iberoamericanas, se han escrito en los últimos años en los Estados Unidos y que entre nosotros no tenemos nada que pueda compararse. No diría que esto se debe a decidia de nuestros críticos. Nuestros bien dotados escritores entre la miseria y el suicidio suelen escoger la política. Algunos, con menos fortuna, se vuelven profesores con sus agotadoras jornadas mal remuneradas, que no les permiten el necesario desahogo para meditar y ordenar los pensamientos. Los más agudos, los que a pesar de todo quieren mantener el ritmo y el vuelo de lo que ahora acontece, suelen optar por los comentarios en las revistas y cumplen una labor fragmentaria, casi puramente informativa. La verdad es que no existen medios económicos ni mercado editorial suficiente para que el crítico pueda subsistir. Quizás tampoco tengamos una literatura tan amplia para que esta labor, eminentemente subsidiaria, produzca el campo profesional para su ejercicio. Existen unos pocos —en realidad poquísimos— escritores cuyos nombres han resonado en el Continente y que han sido traducidos a otros idiomas. Hace poco Julio Cortázar dio cuenta de su chiste de Praga con los redactores de la revista *Listy*. Dijo que si se cayera cualquiera de los aviones que suelen llevar algunos de nuestros mejores novelistas a congresos y reuniones internacionales, se descubriría de golpe que la literatura latinoamericana era mucho más precaria y más pobre de lo que se suponía. Y es cierto. Neruda, Borges, Asturias, Cortázar, García Márquez, Lezama Lima, Guimarães Rosa, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Paz, Rulfo, son nombres que casi agotan lo valioso. Se-

guramente habrá nuevos escritores en un futuro cercano, pero no en número suficiente para conmover los mercados editoriales del mundo.

Uno de los problemas que deberá afrontar la crítica en Hispanomérica, será el de la comprensión del mundo contemporáneo, en el que hasta las más hondas experiencias humanas están conectadas con la revolución tecnológica y los avances industriales. Hasta ahora, la mayor dificultad ha radicado en que los practicantes de la crítica, aplican las concepciones y las relaciones de épocas pasadas, a lo que sucede en el mundo o lo que sospecha por venir. La más rápida investigación podrá informarnos que la era tecnológica ha variado las costumbres, la música, los vestidos, la política, la poesía y aun la religión. La televisión y el cinematógrafo ocupan gran parte de la vida diaria con programas que no se producen en nuestros países, y las experiencias sicodélicas acostumbra a insólitos colores transformando las decoraciones hogareñas y algunas entrañables ideas. Aun cuando no tengamos computadores electrónicos en número apreciable, ni programas en el espacio, ni investigaciones sobre los ácidos nucleicos, leemos sobre esto y esta lectura afecta de cualquier manera los productos de nuestra imaginación. Al mismo tiempo que se presentan nuevas perspectivas para ver las cosas, crecen también nuestros problemas. Debiera, paralelamente, incrementarse el vocabulario, pero aún hay gentes de buena fe que creen muy confiadas que la pureza del idioma se defiende con su estancamiento. Y de repente tenemos que permanecer mudos ante muchos aspectos del mundo contemporáneo. Cuando España manejaba un idioma imperial, es decir, cuando escribía Cervantes, y la raza era gobernada por pensamientos audaces, teníamos palabras para todo. El navío, pongamos por caso, podía ser nombrado en todas sus esquinas y aparejos: las cuadernas, las jarcias, la quilla, el gobernalle, los obenques, palabras perdidas en el diccionario y que hay que rastrear en el poema. Hoy nos asombramos cuando tenemos que denominar la máquina más insignificante o el más vulgar aparato de transporte.

Se podría presumir que los críticos deben salir de la Universidad puesto que es allí donde se los puede dotar de los instrumentos necesarios para su trabajo. Una revisión de lo que se hace en estos institutos nos conduce a muy monótonos resultados. Por regla general, los estudiantes escogen la línea de menor resistencia y prefieren los procedimientos de la estilística para in-

interpretar las obras literarias o poéticas. No tengo ninguna prevención especial por esta ciencia, ya que me parece muy útil para explicar algunas cosas, para solucionar algunos enigmas, para lograr ciertas equivalencias. Pero pretender que puede explicarlo **todo es absurdo**. En la obra verdaderamente creadora siempre hay algo más allá de los cambios de metro, de los encabalgamientos, de los sonidos. Hasta que descubramos qué exploración crítica es a la vez la averiguación de nosotros mismos, no habremos encontrado los verdaderos caminos, y desgraciadamente son pocos los maestros que enseñan esta verdad fundamental en el curriculum universitario. La crítica es, en alguna forma, colaboración con la obra creadora, porque en ella está también el misterio de la humana confrontación con la palabra, con el verbo que está siempre al principio. Este sentido de lo continuo que da el verso, esta analogía de lo universal, según la expresión de Baudelaire, nos transforma, de alguna manera nos cambia. En el poema cada palabra tiene miles de significados y es apenas un punto de apoyo para la imaginación, que es vía de conocimiento desgarradora y reveladora de verdades agobiantes que fueron apenas insinuadas por el poeta. Es claro que el camino más fácil está en matar el poema y convertirlo en materia específicamente literaria. Sin embargo, la poesía que es viva comunicación, se defiende y se escapa cuando no propiciamos su campo expansivo y sus posibilidades transformadoras. Ella, primero que todo, nos libera del temor, del alienamiento, de las pesadillas, pues da cuenta de la realidad: de esa realidad esencial que sobrepasa los actos verbales y las ilusiones cotidianas. ¡En cuántas tesis de graduación parece que estuviéramos escuchando máquinas estadísticas en vez de hombres verdaderos!

Pienso que esta actitud escolar frente a la estilística, nació de una concepción general de la ciencia, comprometida en resolver todos los problemas por medio de los preceptos del atomismo, que desde los griegos han encaminado a disociar los menores elementos para describirlos separadamente. Este válido procedimiento rindió resultados sorprendentes, pues logró fundamentar algunas de las verdades sobre la naturaleza que predominan en la ciencia contemporánea. Mas lo cierto es que el sistema de comprender una estructura, analizando las partes aisladas, se encuentra en revisión, y los más lúcidos sistemas de la ciencia actual tienden a comprender los conjuntos y las propiedades del todo, más bien que sus aspectos particulares. De la palabra griega **holos**, entero, se ha formado **holismo**, que es el nombre con

que se denomina esta novísima posición de la ciencia más activa. Esta nueva actitud debiéramos predicarla en el estudio de nuestra literatura. Quizás, utilizando el método un tanto anticuado de la duda, y puesto que no tenemos mucho temor a los métodos anticuados, debiéramos por un momento suspender los juicios habituales para hacer un balance consolidado de nuestros valores. Y empezar como Descartes, que algo ha de resultar.

Nuestros programas críticos son inadecuados pero ¿qué es lo adecuado para tiempos como estos? Es muy difícil hacer juicios comprometedores. A veces, somos capaces de hacer lo que podemos imaginar. Las incitaciones siempre están lejos de las acciones consumadas. Nunca hemos escuchado el desprecio por los pensamientos audaces, ni siquiera por las buenas intenciones cuando realmente salen del corazón. Algunos minutos entregados a la fantasía nos podrían dotar de poderosos medios de avance en la crítica. Y averiguar entonces, luego del humanísimo acto imaginativo, las afinidades y las relaciones que permitan componer sistemas comunicantes entre los diversos signos, las situaciones, las correspondencias. Saber que nuestra literatura no solamente puede tener reglas de comportamiento interno sino también reglas que se han impuesto desde afuera, por el campo de conexiones en que se haya situado, puesto que su estructura no está simplemente en las obras que se han producido, sino en los caminos que llevaron a ellas, y estos nos vienen de muy lejos y fueron los que hicieron explotar las visiones transformadoras. Pues en crítica no es solo necesario conocer ciertas señales, hay que entender las vinculaciones implícitas o explícitas que el arte tiene. La traducción de un texto de cualquier idioma, por ejemplo, no se puede hacer con la simple ayuda del diccionario, que sería la clave de los signos en este caso, hay que saber al tiempo las distintas formas en que se pueden enlazar las palabras y esto se averigua en la vida del idioma y en su peculiar comportamiento. Así, al estudiar un poema, no se procederá como si existiera solitario o autónomo; hay que considerarlo viviente dentro de una existencia simultánea, dentro de la cual otros poemas, y otras formas de evolución social, operan en tal existencia sincrónica. Y pensar en las proyecciones de tal sincronía, es decir, en su paso, en su avance, pues la verdadera creación no es más que el remordimiento de lo estático.

Un poco de imaginación y este imantamiento de circuitos complejos, esta interacción de circunstancias, de lecciones, de libros, nos podría dar reflejos de una literatura viviente en su ver-

dadera actividad productiva, la clave de su fluidez, de su conductividad generadora. Es lo que hacen las ciencias modernas que se relacionan con la biología. No debemos seguir ignorando que la obra artística está esencialmente viva y presenta un sistema intrínsecamente complejo, análogo a todo organismo viviente, que no se puede considerar sino en su conjunto.

Y como estamos en este tiempo, no podemos dejar a un lado la revolución que ha surgido del anarquismo visionario, pacifista y orgiástico de la juventud contemporánea. Los jóvenes han visto muy claro esta fragmentación del mundo a que ha llegado la ciencia, y su actividad combativa y destructora quiere comprender la totalidad. Ciertos de las limitaciones de la mente, han deseado más bien sentir el mundo que entenderlo. Por eso entre ellos son familiares los nombres de algunos sabios oscuros que han visto el mundo en su totalidad: Lao Tzu, Boehme, Eckhart, Teilhard de Chardin, el autor del Gita. En ellos han aprendido la contemplación que hacía falta para la verdadera acción. El teatro actual con su absurdo aparente hace hablar los decorados, los objetos, y ha ampliado la expresión a términos que el lenguaje debe seguir con todas sus consecuencias. Las superficiales extravagancias, la actividad visualmente agresiva, no son más que expresiones de combate contra las nuevas y las viejas fronteras. Paradójicamente, las revoluciones tecnológicas han forzado al hombre a interiorizarse y, mientras más penetra en su mundo interior, los campos de contemplación se multiplican. Porque existen estas fuerzas internas es por lo que se lucha exteriormente en los **campus**.

Así, pues, la verdadera crítica podría derribar la conciencia del lector para darle unos buenos revolcones en la tierra, en el barro, en plena calle, en la realidad, y hacerlo salir de su autónomo mundo, mezcla de verdad y de falsedad, confortablemente establecido sobre ideas generales, sobre slogans y pensamientos preestablecidos. El problema no está en leer el Reader's Digest, sino leer solamente esta publicación. Habría que leer por lo menos a Sartre, a Lucacz, a Garoudy, a Butor, a Adorno, a Bartres, a Mc Luhan, etc. Siquiera consultar la **Antropología estructural** de Levy-Straus, sin olvidarse que un poco antes existieron personalidades como Marx, Freud y Jung y que el doctor Zuzuki ha divulgado en nuestro tiempo una de las más viejas disciplinas tradicionales de Asia. Y ya estamos entrando peligrosamente en el terreno de lo obvio.

Es maravilloso encontrar la explicación de un espondeo, de un trocaico, de un anapesto o de ciertas repeticiones silábicas, cuando al tiempo encontramos la libertad de un escritor, esa magia completa que se lanza en la búsqueda de teorías que no tienen terminación porque se empinan en los mismos pies alados del poema. Esa “libertad bajo palabra” es la imagen temeraria que nos acompaña en la aventura de la nueva creación, y es así entonces verdadero que una palabra escrita es más valiosa que una palabra pensada, y una palabra leída duplica el valor de la escrita. Pensemos que algunas explicaciones de Pound sobre los tercetos del **Paradiso** serán ya casi tan inolvidables como el poema. ¿Tendremos alguien que intente lo mismo?